



# La Maestra De Piano

grandes y vivos, en los que luce el regocijado afán de conocer sólo cosas placenteras y vedadas; de labios frescos y tentadores como fresas maduras, de talle recogido y flexible.

¿Pero aquella mujer alta, rígida y huesuda como una momia empajada, cuya piel era un reseco pergamino; cuyo talle recto parecía idéntico al mango de una escoba y cuyos ojillos microscópicos carecían de brillo y de viveza, tener veinte años?

¡Vamos, parecía una broma! ¡Vaya usted á saber los que tendría! ¡Madurita había de ser para tocar el piano de esa manera, que no se diría sino que los propios ángeles, que se pasan la eternidad en el empíreo distrayendo al Eterno con sus tocatas, iban guiando sus dedos, secos y rígidos, sobre el teclado...

Aparte de que estas extranjeritas, con sus trajecitos claros y sus modales aññados se la pegan á cualquiera. Pero ella ni por esas. Dios la había hecho así, como la propia estampa de la fealdad y del desabrimiento. ¿Dios? ¿Quién sabe? Acaso Dios no se hubiera complacido más que en crear aquel luminoso y musical espíritu que confundía con su gracia y con su belleza y con su ciencia, y en un descuido se lo robó el otro, el malo, el envidioso y deforme, para envainarlo en aquella reseca y repugnante cubierta y humillar así, ó pretenderlo, la obra

**Q**UIÉN hubiera osado afirmar que tenía veinte años? A esa edad nadie puede imaginar que sean las mujeres otra cosa que unas lindas muñecas regordetas, sonrosadas y sonrientes, de ojos